

# Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.  
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XIV

Agosto de 1937

Núm. 146

## Puntos de vista

Tomás Mann y el humanismo

**E** *¿Tomás Mann, el justamente célebre escritor alemán, el que ha pedido a la juventud acercarse al humanismo, no en un sentido demasiado filológico, ni como mera materia de erudición y de saber, sino como en una actitud opuesta al fanatismo. De vez en cuando se oye entre nosotros una queja melancólica que brota de la ausencia de preocupación por los estudios humanísticos en cuanto éstos reflejan la simple penetración de las lenguas griega y latina. Mann ha recordado sus días de infancia y sus primeros estudios en una ciudad mercantil del norte de Alemania, «donde nadie sabía o entendía mucho de humanismo». En la biblioteca del padre de Mann había un libro que llegó a constituir la lectura predilecta del joven. Era un libro de mitología griega y romana, traducido en exámetros alemanes. Y comenta así Mann aquellos primeros encuentros con Homero y Virgilio: «Me sabía detalladamente los combates e intrigas de Zeus. Y mi profunda afición a los olímpicos y a sus protegidos terrenos ocupó el lugar de los cuentos indios preferidos por mis compañeros de un gusto más robusto. Yo no sabía que era el humanismo lo que me ocupaba y deleitaba. Pero incuestionablemente expresaba yo en una forma incipiente una tendencia innata que iba a manifestarse más tarde en mis actividades de escritor. No que hubiera llegado a ser un humanista en el sentido escolástico más estricto. En nuestra escuela se ense-*

ñaba latín, pero no griego. Eso no significa gran cosa, sin embargo. Schiller no sabía griego, pero sus poemas evocaban todo el encanto del mundo griego en la más vivida intuición y proximidad. Federico el Grande leía los viejos clásicos en las traducciones francesas, porque cuando desempeñaba su rol en la vida pensaba en francés».

Lo sensible en nuestra educación ha sido justamente el abandono de la lectura de los clásicos. Ni aun en las traducciones perfectas que existen son buscados por los estudiantes, porque el gusto por la literatura griega o latina no existe, como principio de disciplina o de conocimiento superior en la formación de la personalidad. Pero existe para referirse a los estudios humanísticos una tendencia rutinaria entre muchos que la preconizan. La erudición suele confundirse con el humanismo y si esa erudición no es más que un lastre pesado, una actitud muerta ante la vida, no vale tampoco gran cosa, ni sirve sino como elemento de vanidad o de egoísmo estéril.

Esta actitud de que habla Mann, refiriéndose al humanismo, es en rigor la que se desprende de una comprensión nueva adquirida por el hombre de hoy ante los problemas fundamentales de la cultura. Han ocurrido fenómenos tan graves en el mundo después de años de cultura humanística, que muchos han entrado francamente en una revisión total de sus fuentes. Mann es uno de ellos. Mann considera que el trastorno actual del mundo revela que es preciso adoptar otras actitudes, a fin de reavivar el humanismo, despejándolo de la corteza impermeable de erudición o rutina dogmática, que ha impedido siempre ver el mundo y la propia cultura con ojos humanos. «El humanismo—ha escrito—es más bien una predisposición o estado de ánimo, con ingredientes de justicia y libertad, conocimiento y paciencia, caridad y buen humor. Y también duda. La duda, no por sí misma, sino como una preparación para la verdad, un ejercicio simpático allende toda presunción dogmática. Semejante equipo y temperamento lleva con razón el nombre de humanismo, porque es la actitud intelectual por excelencia. Re-

*fleja el orgullo de la mente humana en su humanidad, en todo lo que distingue al hombre del resto del universo, causándole dolores y también deleites excepcionales, penas y deleites que han encontrado campeones grandes y persuasivos dispuestos a levantarse heroicamente por el honor del intelecto humano».*

*Esta definición corre a parejas con un mensaje que el propio Mann consideraba necesario para la juventud. «Me da vergüenza, decía, tratar siquiera de aconsejar a la juventud actual. Es tan fácil aconsejar. La juventud de hoy vive una época muy dura, no es fácil adelantar en el mundo. Espero que los jóvenes no se dejarán engañar por los que hablan más alto que los demás; que no olvidarán que el hombre es más que la naturaleza, que es una persona espiritual, una criatura de dignidad. Cuando la juventud y los hombres reconozcan la maravilla y la dignidad del hombre estoy seguro de que entonces la humanidad será libre».*

*Por eso Mann es partidario de un humanismo militante, es decir, de un humanismo que sin abandonar las fuentes eternas de la cultura esté sostenido por el principio de la libertad y se oponga a los fanatismos desprovistos de modestia. «La noción de Europa continúa, está inexplicablemente ligada con la idea humanista. Europa tiene que cesar de existir a menos que el humanismo revele su virilidad y actúe, al comprender que la libertad no debe servir meramente como puerta de entrada para la barbarie.*

*Es, siempre, como se ve el fortalecimiento de la idea de cultura sostenida por la dignidad contra todo intento de empequeñecer la naturaleza del hombre. Si el humanismo comporta una disciplina de la mente, una luminosidad del espíritu, no puede estar obscurecido por los fanatismos, puesto que se convertiría en lo que ha solido ser muchas veces en las épocas de desequilibrio en rutina puesta al servicio de perniciosos intereses.*

D.